

REFLEXIONES PEDAGOGICAS

El alumno de secundaria en un colegio católico de centroamérica.

Ignacio Martín Baró, S. I.

El título de este pequeño ensayo puede dar motivo a confusión y a generalizar sin fundamento un conjunto de características encontradas a lo largo de una experiencia personal en un determinado país centroamericano y, más concretamente, en un determinado colegio. Sin especificar nombres -omisión que se me sabrá perdonar, ya que es norma elemental de prudencia- quiero señalar de antemano todas las limitaciones que estas reflexiones puedan tener, a la vista de las fuentes que las han originado. Con ello se podrán apreciar en lo que valen y aprovechar convenientemente.

Ante todo, son una serie de reflexiones personales y, por lo tanto, subjetivas. No nacen del análisis de una batería de tests, aplicados a un muestreo representativo, sino de una experiencia particular. Las que aquí se exponen son observaciones personales, realizadas durante año y medio de estancia en un colegio católico, sacadas de un continuo e intenso contacto con alumnos. La observación personal tiene el inconveniente de carecer de objetividad, pues lo que se ve pasa siempre a través del conjunto de disposiciones, características y modo propio de enfocar la vida. Sin embargo, tienen la ventaja de que pueden llegar más a fondo que un test objetivo. La charla privada, la diversión o la excursión compartida, las horas de estudio y clase pasadas en unión con el alumno, el haber convivido con él jornadas enteras en las más diversas circunstancias, nos capacita para una comprensión mucho más honda y existencial que todos los rasgos que el mejor de los tests nos pueda proporcionar.

Por otra parte, aun cuando a menudo nos referimos a casos concretos, es evidente que nuestras afirmaciones han de llevar un carácter algo general. Lo cual no quiere decir que pretendamos hacer afirmaciones tajantes. Nada más lejos de nuestra intención. Simplemente, habrá matizaciones que dejemos de lado, para no alargar excesivamente estas páginas.

El medio en el que tuvo lugar la experiencia sobre la que se fundan estas reflexiones personales es, como ya hemos dicho, una nación centroamericana. Por lo tanto, una sociedad calificada por los economistas y sociólogos como de subdesarrollada, en la que existen unas diferencias abismales entre la gente con posibilidades de vivir dignamente y la gran masa del pueblo. Diferencias de todo tipo: económico, cultural, psicológico, etc.

Los muchachos a los que me refiero en estas reflexiones pertenecen en su gran mayoría a esa parte privilegiada de las naciones centroamericanas que puede disfrutar de todas las ventajas de nuestra civilización moderna: hijos de capitalistas (industriales o terratenientes), o pertenecientes a la alta burguesía. Por lo tanto, quedarían anclados dentro de una minoría del pueblo centroamericano -un 20 % aproximadamente, y tal vez me quedo un poco largo en mi porcentaje.

Son muchachos de 13 a 18 años, cuyo medio de vida -su "circunstancia" ambiental- es el típico de las altas clases latinoamericanas. Ante todo, crecen en un ambiente dominado por la lucha del más fuerte, es decir, de un carácter marcadamente liberal (nos referimos, claro está, al liberalismo económico manchesteriano). Desde su infancia conocen, unos toda clase de lujos y comodidades, los que menos una vida sumamente desahogada, y más si se tiene en cuenta el ritmo de vida del resto de la población. A esta vida fácil y dulce, contribuye de una manera peculiar el perpetuo y delicioso clima cuasi-veraniego, que impera a lo largo de todo el año. Es indudable que el calor constituye un factor muy importante en los elementos determinativos de la personalidad del centroamericano.

Añádase a estas limitaciones ya expuestas, el hecho de que nuestra experiencia se realizó en un determinado colegio católico y, por lo tanto, con un ritmo peculiar de formación. Yo me atrevería a decir que

estas reflexiones caminan más en interioridad que en extensión, más en vertical que en horizontal. No nos importa tanto el poder aplicar a otros medios nuestras conclusiones, sino que creemos que si penetramos suficientemente en el análisis de una determinada experiencia, este tipo de intuición puede ayudar mucho a quien, en una ocasión u otra, se encuentre en una situación semejante o análoga.

Al poco tiempo de entrar yo en contacto con los muchachos, algo se me hizo evidente. Si sus estudios no iban bien, si un muchacho mostraba cierta anormalidad o síntomas más o menos neuróticos, si llamaba demasiado la atención por ciertos rasgos anómalos con respecto a su comportamiento normal, o a un comportamiento razonable en un muchacho de su edad, podía asegurarse que existía un problema familiar de fondo. La experiencia me ha demostrado que esto era cierto en una gran mayoría de casos. Así por ejemplo, de un curso de muchachos entre los 12 y los 15 años, de 26 muchachos que tuvieron problemas de uno u otro tipo, cuyas causas pude conocer, ~~en~~ en 22 de estos casos la causa era un conflicto familiar más o menos marcado. Esta incidencia nos da un porcentaje de un 84,6 %. Sin pretender generalizar este porcentaje, creemos que sí nos da derecho a afirmar que la familia es el primer área de cuestiones y problemas pedagógicos que todo educador debe estudiar a fondo -al menos, en nuestro ambiente. Junto al problema familiar hemos situado el problema sexual que, se quiera o no se quiera, se admita o no, ocupa un lugar importantísimo dentro de la psicología de estos muchachos.

Evidentemente, un segundo área de intereses que se nos impone es el de los estudios. Los estudios constituyen el material directo con el que el muchacho tiene que enfrentarse. Desde ya hace muchos siglos se parte de la bse, muchas veces sin reflexionar sobre ello, de que es estudiando como mejor se puede conseguir la formación de una persona humana. No es que yo sea contrario a esta idea, pero creo sinceramente que, al menos, debemos hacernos problema de ella, y no aceptarla sino con muchas matizaciones. La persona humana no es sólo inteligencia, ni tampoco creo yo que sea la inteligencia como tal la que constituya esencialmente al hombre en cuanto hombre. Sin embargo, no es el lugar este de discutir un problema filosófico de este tipo. Queda, sin embargo, el hecho de que en nuestro sistema educativo actual los estudios abarcan la gran mayoría de la energía del muchacho, la gran mayoría también de su tiempo útil y, por lo tanto, constituyen un área típicamente problemática.

Finalmente, un problema ineludible en la juventud actual, y más tratándose como se trata aquí de un colegio católico, es el de la religión y la vida de religiosidad -que son cosas diferentes, aunque las trataremos en un solo conjunto.

Tres áreas problemáticas de las que pretendemos hacer un análisis algo sucinto, para llegar a una serie de consecuencias prácticas. Las aplicaciones, que apenas insinuaremos al final, quedan más bien a cargo del lector, ya que, como reflexiones personales, sólo podemos insinuar, sugerir, incitar, pero nunca dar normas generales. Menos en una materia tan existencial como es la pedagogía.

I.- FAMILIA Y SEXUALIDAD

A) ANALISIS

La familia típica de nuestro alumno es un gran número de casos no se cimenta sobre un amor verdadero. Los matrimonios vienen determinados muy a menudo, más que por un encuentro personal y total de hombre y mujer, por una serie de circunstancias externas, como pueden ser conveniencias económicas, de clase, o imposiciones de los mismos acontecimientos -el caso no raro, por desgracia, de tenerse que casar por haber concebido la muchacha. No niego la posibilidad de que un matrimonio surgido sin amor, por circunstancias accidentales pueda superar con inteligencia y buena voluntad de tal manera las dificultades que vayan surgiendo, que si no amor, al menos sí llegue a formar un ambiente que no imposibilite una correcta formación de los hijos. No niego la posibilidad, pero creo que su incidencia en la vida práctica es mínima. La verdad es que un matrimonio

sólo puede dar resultados, como norma general, cuando surge de la unión verdadera de dos personas, conscientes de su entrega y de sus limitaciones decididas a entregarse plenamente la una a la otra. Un matrimonio cimentado sobre un diálogo entre un Yo y un Tú, en el que marido y mujer sepan fundirse en la unidad de un Nosotros. Esta unión requiere amor, ya que precisamente el amor no es sino esa llamada proveniente de lo más íntimo de nuestro ser al Yo de otra persona. Llamada única, personal, de ser a ser. Sin embargo, el amor presupone una formación profunda, una conciencia del propio ser y de la propia personalidad y, a través del conocimiento del propio ser, la experiencia del ser de los demás. El amor no se improvisa. Por desgracia, muchos de los padres de nuestros muchachos no estaban preparados para el amor. Es posible que los culpables de ello seamos nosotros, los educadores, que ante este problema hemos puesto una valla tabú. Sin embargo, el hecho ahí está. Matrimonios que se fundan en conveniencias personales, en la decisión de un momento, en el gusto o enamoramiento superficial, momentáneo. No que sean matrimonios de mala voluntad, pero sí con una experiencia anterior deplorable en función de una vida entera por delante que compartir. Y, en todo caso, muchas veces con un conocimiento previo muy superficial.

La madre de José (+), todavía una mujer atractiva, pertenece a la más alta sociedad, a una familia considerada como de las más ricas del país. Atraída por la brillantez, en todos los aspectos, de un muchacho al que conoció en uno de esos círculos de alta sociedad, quien tenía el atractivo suplementario de ser extranjero, contrajo pronto matrimonio con él. Al cabo de muy poco tiempo, de una manera totalmente inesperada para ella, su joven y brillante marido la abandonó... puesto que ya estaba casado en su propio país, y lo único que había perseguido con este casamiento era la aventura y el dinero. La madre de José, por más que lo quiera, nunca podrá superar esta experiencia traumática, debida a un impulsivo proceder juvenil. Las consecuencias para José serán, si caben, todavía peores. Ya tendremos ocasión de ver alguna de ellas.

No había mala voluntad en la madre de José. Lo que sí no podemos admitir es que, cuando se casó, hubiera verdadero amor. La persona humana ya comprende cuándo es correspondida en un sentimiento amoroso, y la preparación de este tipo que un matrimonio presupone, anula toda posibilidad de engaño -como en nuestro caso.

Sin llegar a tanto, existe una formación en muchas de estas personas que, mientras considera al hombre como sujeto de placer sexual, relega a la mujer a simple objeto de ese placer. En estos matrimonios, la mujer ocupa un segundo lugar, una segunda categoría -es una persona humana de "segunda división". Normalmente, el hombre llega al matrimonio con una larga experiencia de contactos sexuales, bien sea con amigas fáciles, bien sea con prostitutas. La prostitución, ya lo veremos, es algo considerado en muchos de estos ambientes como algo inherente al hombre. El hombre "verdadero" (¿machismo?) debe desahogar sus impulsos sexuales. Por lo tanto, al llegar al matrimonio ya tiene él una larga experiencia en este aspecto. Experiencia deplorable, por cierto, bajo el punto de vista psicológico matrimonial. El hombre, acostumbrado al trato con prostitutas, tratará a su ~~xxx~~ esposa -aunque sea inconscientemente- como a una prostituta, es decir, como a un objeto de placer. Todos conocemos la experiencia traumática que suele constituir una noche de bodas en estos casos. "Se portó como un verdadero salvaje". De ahí arranca frecuentemente la frigidez femenina, con el consiguiente perjuicio para el bienestar de la pareja.

Fuera de las relaciones sexuales, también muestra el hombre a la mujer que él es el señor de la casa, "el que importa". La mujer está

(+) Todos los casos presentados son reales, pero hemos cambiado los nombres y, a veces, alguna circunstancia, que en nada afecta al punto que interesa.

para cuidar de la casa, la cocina y los hijos. Afirmación que, en cierto sentido es verdadera, pero que denota el segundo plano humano con que el marido considera a su esposa. La mujer, aunque acepta en su conciencia este plano, se venga inconscientemente y vuelca en sus hijos todo el cariño e interés que no puede volcar en su marido. Lo que él no le da, trató de encontrarlo ella en sus hijos. Y de ahí se originan, claro está, multitud de problemas.

La madre de Fernando murió cuando él era muy joven. Su padre, mirando por su propia estabilidad y por el bien de sus hijos, contrajo segundo matrimonio. Su esposa, una mujer muy atractiva, nunca pudo entrar a fondo en el yo íntimo de su esposo. Pretendía ocupar el vacío dejado por la muerte de la primera esposa y nunca lo pudo conseguir. Esto la desilusionó -inconscientemente- con su marido, y su desilusión la manifiesta en riñas continuas por los temas más banales, bajo pretexto de un interés por él. Al mismo tiempo, trasladó su ansia de afecto a sus hijos, volcando en ellos y en su educación todo su interés. Pero este interés se convirtió poco a poco en una exigencia excesiva, sobre todo teniendo en cuenta que los hijos iban creciendo. Fernando ve últimamente cómo sus padres discuten con frecuencia, ve cómo sufre su padre ante las exigencias crecientes de esta mujer. Por otra parte, su celo para con él lo siente como una tiranía insoportable. Fernando se identifica con su padre y odia inconscientemente a su madre -madrastra. Su agresividad reprimida estalla en brotes inesperados. Ayer Fernando era un estudiante muy apreciable. Últimamente ha decaído mucho en sus estudios, se ha vuelto molesto para con los demás y para con los profesores. Estudiar le cuesta sudores de sangre y cada vez siente menos atractivo por las cosas.

Por su parte, la madre de José pretende encontrar en él un sustituto al marido que la abandonó. José sabe que en su madre tiene una esclava. Sabe que tiene que aguantarla largas "prédicas", pero que a fin de cuentas le va a conceder todo lo que quiera. José hace con su madre todo lo que le da la gana, precisamente por el excesivo interés que su madre denota por él. De ahí que no sepa enfrentar los problemas que se le presentan día a día, ya que la providencia -en forma de madre superprotectora- le ha dado todo "en palmitas".

No podemos acusar a las madres de Fernando o José de mala voluntad. La frustración de sus respectivos matrimonios las ha llevado a buscar en sus hijos una válvula de escape. Los que pagan las consecuencias son Fernando y José.

El padre considera que la educación de los hijos es obligación de la madre. De ahí que él, sin dejar de quererlos (?), no se inmiscuya lo más mínimo en su formación. Tan sólo le preocupan los resultados que sus hijos consiguen en clase. Las decisiones que en esos casos suele tomar son tajantes. El castigo es algo cuya proporción se escapa siempre a la comprensión de estos padres. Desconocen el castigo pequeño, razonado y razonable, y, cuando se deciden a castigar, incurren en el otro extremo: pegan a sus hijos una paliza brutal, o les imponen un corte total de todas sus actividades distractivas. En uno u otro caso, los resultados son funestos. El hijo no ve a su padre más que como un juez injusto, al que se le tiene un medio más o menos consciente.

Recuerdo el caso de Eduardo, un muchacho que no había dado hasta ese momento un motivo de queja. En una situación muy delicada, cometió una infracción y, con perjuicio de todos sus compañeros, negó una y otra vez haberla cometido, a pesar de que se había demostrado que era él el culpable, y de que se le aseguró que si lo reconocía se le impondría solamente un pequeño castigo. Eduardo mentía con fuerza y convicción, negando haber sido el autor del hecho. Posiblemente la mentira, en este caso, fue algo superior a sus fuerzas. El mismo no se podía explicar por qué había mentido. Hablando en otra ocasión con él, me enteré de que, en circunstancias semejantes, su padre le habría pegado una paliza salvaje. Ya conocía yo al padre de Eduardo, hombre de una integridad a ultranza, y con unas ideas religiosas y pedagógicas totalmente desadaptadas a nuestro tiempo. La mentira de Eduardo no tenía explicación ninguna... ¡consciente! Su inconsciente le había traicionado, traspasando la figura de su padre a los superiores del colegio.

La falta de preparación al matrimonio y el papel secundario a que la esposa se ve relegada por su marido, imposibilitan una armonía matrimonial, necesaria para el sano desarrollo y formación de los hijos. Tan pronto como desaparece la novedad de los primeros tiempos y de las primeras experiencias matrimoniales, comienzan los problemas, las fricciones, las tensiones caseras. Todo el ambiente de la casa se transforma. Y no hace falta para ello que los hijos presencien las desavenencias de sus padres. Su intuición ve mucho más allá que sus ojos. Y, por lo general, ¡ven tanto sus ojos!

Jorge, gran deportista, de mucho éxito en el trato con sus compañeros y con las muchachas, tiene una gran habilidad para los chistes y bromas. Se le considera como una persona divertidísima, animador de fiestas y reuniones. Sin embargo, Jorge, que es bastante inteligente, obtiene unos resultados pésimos en sus estudios y no es capaz de concentrarse más de un cuarto de hora seguido sobre un libro o una tarea. Jorge, cuya cara sigue siendo tan jovial como siempre, empieza a sentir un gran hastío por la vida y todo lo que le rodea. Experimenta fuertes deseos de huir, sin importar cómo ni a dónde, pero huir. No encuentra satisfacción en ninguna parte. Ni siquiera su deporte favorito es capaz de sacarle de su amargura. Jorge lo ha probado todo, y nada le llena. Lleva una vida religiosa esforzada, pero la religión no llena su vacío. Se masturba automáticamente, aunque por motivos religiosos vence a menudo sus tentaciones. Yo había conocido en una reunión a los padres de Jorge que, aunque me habían llamado la atención por cierta exuberancia postiza, en conjunto no me habían producido mala impresión. Sin embargo, según supe y pude comprobar después, la casa de Jorge era un auténtico infierno. La madre de Jorge martirizaba en una forma u otra a su marido, principalmente por razones monetarias. Jorge veía a sus padres siempre discutiendo, y esta escena le horrorizaba. Por otra parte, la casa de Jorge servía también temporalmente de oficina, siendo imposible en ella toda vida familiar, de intimidad y comprensión. Jorge sentía una fuerte animosidad contra su madre, que reprimía con esfuerzo (su ambivalencia hacia la figura de su madre era a veces notable). Pero Jorge -con razón- encontraba que no había para él sitio en su casa. Bajo su cara chistosa, se escondía un verdadero dolor de vivir. Su problema vital, no superado -y, seamos sinceros, desde su situación casi imposible de superar-, le impedía rendir en sus estudios. Casos como el de Jorge conocí varios. Tal vez no tan acentuados, ya que Jorge escondía en su interior un espíritu finísimo y un alma de poeta.

La casa no es hogar, sino escenario de batallas psicológicas, de tensiones, de contiendas e intercambios de palabras. Ni el padre ni la madre pueden encontrar en este ambiente una satisfacción para su necesidad de afecto, de cariño. Una situación tensa no superada, puede degenerar en guerra abierta. Es muy posible que esto aboque al divorcio o, cuando menos, a una separación efectiva. El padre se va de la casa, por lo general con otra mujer, y los hijos quedan en una situación doblemente desventajosa: carecen de padre efectivo y la madre está bastante amargada. Eñ

El caso de Enrique es típico. Su padre abandonó a la madre para irse a vivir con otra mujer. Enrique, el mayor de los hermanos, se vuelve insoportable en la casa. Su madre no es capaz de dominarle, y no por falta de buena voluntad de ninguna de las dos partes. La actitud de Enrique para con sus padres es ambivalente, y le cuesta discernir los hechos de las personas. Se vuelve reservado y produce la apariencia -que los hechos justifican- de doblez. Promete con sinceridad, pero es incapaz de mantener sus promesas largo tiempo. Sin embargo, Enrique adopta una actitud comprensiva para con sus hermanos menores, desarrollando desde temprano un sentido de la responsabilidad, impropio en un muchacho de sus años. Es capaz de renunciar a su propia satisfacción para complacer los deseos de su hermano pequeño. Sin embargo, para los que en cierta manera representan una autoridad sobre él, se comporta de una manera irritante.

Normalmente las tensiones entre los padres no terminan con ruptura o divorcio. Es más frecuente el caso de los que buscan las compensaciones fuera de casa. Y ocasiones en nuestro ambiente, hay muchas. El mantiene una o varias amantes, según sus posibilidades monetarias, fuera

de aventuras más o menos esporádicas. El alcohol empieza a jugar también un papel importante en la vida de estas personas. Por su parte, aunque con más discreción y secreto, tampoco es raro que la madre busque a su vez satisfacciones, amistades íntimas o, en último caso, sublime sus deseos en otro tipo de actividades sociales, religiosas o políticas (proceso de compensación).

Francisco pertenece a una familia de tradicional abolengo y riqueza. En su casa ya ha intuído él algo que no marcha bien entre sus padres. Un día, al contestar una llamada telefónica, recibe la impresión más brusca de toda su vida. Se encuentra, de improviso, con el hecho doloroso de que su padre tiene una amante. Este descubrimiento acaba por desmoronar las pocas fuerzas de Francisco. Desarrolla una serie de síntomas característicos, como la aparición de frecuentes enfermedades, una total incapacidad de concentración en el estudio, un ensimismamiento progresivo. Francisco nunca participa en actividades con los compañeros. Es sensibilísimo a cualquier indicación y aunque suele mostrarse indiferente a cualquier indicación que se le haga, se siente herido en lo más profundo de su afectividad. Por otra parte, tiende a ruborizarse siempre que algún profesor o superior le dirige la palabra.

No sé si la pintura que hemos hecho del ambiente familiar puede aparecer un tanto pesimista, Sin embargo, descontadas bellas y notables excepciones, es la situación hogareña que, en un grado u otro, viven muchos de nuestros alumnos. Hogares sin amor profundo. Hogares en los que no hay posibilidad de una verdadera relación amorosa entre padres e hijos, en la que se satisfaga la fundamental necesidad de cariño que tiene toda persona humana.

Un último detalle es que, aun cuando el hogar marche unido, no rara vez se nota en él la ausencia de muestras externas de cariño: el beso a la madre, el pequeño favor, el regalo sorpresa. Con frecuencia, el muchacho considera estas muestras de amor como muestras de femineidad. Sucede no rara vez que esa ausencia de cultivo de los pequeños detalles amorosos vaya enfriando la realidad de un amor innegable, pero que necesita alimentarse de algo. Y, los grandes acontecimientos, las grandes pruebas de amor, no es algo cotidiano. Sin esos pequeños ingredientes de cariño trivial, puede el amor languidecer poco a poco. El hijo se cría sin ellos, puede hasta llegar a despreciarlas pero, en el fondo, los necesita.

Tratemos de centrar ahora esa vida familiar que el muchacho encuentra en su casa, en el ambiente sexual de la ciudad. Y bien podríamos decir en el ambiente hipersexualizado de la ciudad. Porque desde que el muchacho abre los ojos y empieza a asomarse al mundo exterior, todos los medios con el que el hombre moderno cuenta para influir en la personalidad humana se dedican a bombardear su espíritu con una propaganda sexual y sexualizante. Que un muchacho se masturbe a los 13 años, es corriente. Pero que a esa edad acuda a burdeles, ya no nos parece corriente. Y a esa edad empiezan a acudir los muchachos en nuestra ciudad. Muchas veces, impulsados por amigos. Otras, por lecturas o películas. Otras, por la misma vida: lo que ven en su casa, en su barrio, etc. Algunas, por incitación de los mayores y -quién lo diría- alguna vez, por insinuación de sus mismos padres. Naturalmente, no tan temprano. Pero a los catorce o quince años el muchacho ya es un "hombrecito" y, por lo tanto, debe empezar a hacer las "cosas" que hacen los "hombres".

No se me borrará nunca el caso de Carlos. Hijo de neuróticos cicloides, por una causa u otra nunca lograba encajar en su hogar, ni con sus padres. Continuamente, por blanco o por negro, tenía que recibir grandes riñas. El estado nervioso y emocional le impedía estudiar, con lo que sus resultados eran deplorables. Las malas calificaciones originaban nuevos castigos y riñas, con lo cual aumentaba a su vez la tensión, y así quedaba cerrado el círculo vicioso. Carlos se masturbaba con regularidad y sufría por ello fuertes remordimientos espirituales, aumentados en una temporada por un confesor poco afortunado. De naturaleza también cicloide, oscilaba entre la fuerte religiosidad y el desenfreno moral. Había perdido la fuerza de voluntad, lo que encubría con racionalizaciones

y largas disgresiones en los momentos de fervor religioso. En cierta ocasión, en una época en que estaba tratando de superar una nueva serie de recaídas sexuales, recibió el tremendo impacto de ser invitado por su propio padre a ir con él a un burdel. Su madre aprobó este proceder, lamentándose de no poder invitarle ella, dada su condición de mujer. Evidentemente el caso de Carlos no es normal. Ya hemos dicho que sus padres tenían diversos síntomas marcadamente neuróticos. Sin embargo, tampoco es absolutamente excepcional.

Antes de llegar al burdel, el muchacho tiene oportunidad de emborracharse con pornografía en las numerosas revistas y películas del género, que abundan en nuestras ciudades. Frecuentemente la lectura de la revista lo excita hasta la masturbación y el cine es el preámbulo del burdel.

Otro apartado es el de las fiestas. Las hay de todas clases y tipos, y con una frecuencia semanal inaudita. El muchacho empieza a acudir a ellas desde edad muy temprana. La fiesta, de por sí, puede producir efectos beneficiosos o indeseables. Por desgracia, la mayoría de las veces son de ese tipo. Lo que empieza por ser una alegría sana, en unión con muchachas, degenera muy a menudo en bailes sensuales ("al segundo baile, se apaga la luz") y escapadas a los carros, a las habitaciones o a los jardines cercanos. La bebida puede contribuir a ello aunque, por lo general y con muy buen acuerdo, no se sirven bebidas alcohólicas en las fiestas juveniles.

No hace falta analizar otras situaciones (pandillas juveniles, veraneos, fiestas, "mamás buscanovios", etc.) para comprender que el panorama es en cierto sentido desolador, aunque admito que haya podido recargar algo las tintas. Es verdad que, junto a todo esto, se dan hogares maravillosos, ambientes cargados de intimidad y unión entre padres e hijos. Y cuando el hijo se siente satisfecho afectivamente en su hogar, está mucho más capacitado para superar las incitaciones que le vienen del ambiente, aunque no las suprime. Pero estos casos son los menos. Lo más común es lo otro. Es necesario, pues, que el pedagogo conozca esta situación y sepa apreciar las consecuencias que lógicamente se desprenden de ella.

B) CONSECUENCIAS

1.- Hambre de cariño.

Todo muchacho necesita ser educado con amor, con afabilidad. La educación rígida se ha mostrado -al menos en nuestros días- de consecuencias perniciosas. Ahora bien, esta afabilidad en la educación ha de estar fundamentada en el carácter concreto del muchacho en un determinado lugar. Queremos decir que no existe una afabilidad educativa aplicable bajo el mismo patrón en diversas partes del mundo. El educador debe tener muy en cuenta las circunstancias culturales, sociales y ambientales de donde provienen sus alumnos, para saber adaptar a estas necesidades concretas sus métodos educativos. Lo contrario indicaría la aplicación de unos esquemas preconcebidos, con la consecuente inadecuación. No existe "el" método único educativo, como no existe "el" método único de gobierno. La educación es algo tan humanamente delicado, que nos exige una continua adaptación al medio en que nos movemos.

Hemos visto el ambiente familiar y social del que provienen nuestros alumnos. Si alguna consecuencia se desprende claramente de nuestro análisis, es la de que el muchacho en ~~ningunos casos~~ muchos casos no puede satisfacer en él su ansia de cariño, su necesidad fundamental, biológico-psicológica de amor. Suele haber un fallo fundamental en las relaciones entre padres e hijos, lo que acarrea un vacío amoroso insustituible. El hombre necesita en su primera infancia una aceptación amorosa por parte del mundo, superior a premios y castigos, es decir, necesita comprender existencialmente que es amado y protegido, a pesar de todos los errores que pueda cometer en sus primeros tanteos con el mundo. Obsérvese que no preñezamos una educación en la que el castigo esté ausente. Se puede -y se debe- castigar, corregir, reprender, sin que por ello se rechace a la persona. Con su fina intuición, los niños comprenden muy bien esto.

Pero cuando falta el cariño, el niño adopta una actitud de repliegue sobre sí mismo, ya que se siente inconscientemente rechazado por el mundo que le rodea. Un dulce ofrecido a un niño con una sonrisa es siempre aceptado, no así el que se ofrece con cara seria.

El muchacho mendiga en el colegio el cariño que se le niega en su hogar. No conscientemente, desde luego, pero con una claridad meridiana para todo aquel que sepa traducir su actitud y comportamiento. Entre nuestros muchachos, uno no puede reducir su papel al de simple profesor. Con ello, se le hará difícil hasta que sus alumnos tomen interés por la materia que enseñe, por más competente que se sea en ella. Se debe ser profesor sí, pero también compañero, amigo, hermano.

Esto implica, ante todo, una aceptación total del muchacho como es. Obsérvese que digo total, es decir, con sus virtudes y defectos. Mientras no exista esta aceptación total e incondicional, el educador no podrá progresar en la formación del alumno. Un hecho tan elemental nos lleva a la comprensión de detalles importantes. Por ejemplo, de los castigos. No tendrán eficacia formativa en absoluto, hasta que el muchacho no comprenda que aun cuando se le castigue cuando lo merezca, se le sigue apreciando. Que el castigo no es una muestra de rechazo hacia su persona, sino un luchar del educador en su compañía -qué difícil es para algunos llegar a esto y qué pocos los profesores que saben imponer castigos. La aceptación total implica, también, una comprensión de determinados comportamientos, en un principio chocantes. El muchacho lleva al colegio toda su problemática, y eso trae consigo que difícilmente logrará una adaptación total a un régimen algo estricto.

Amar al muchacho y dárselo a entender, no con palabras, sino con hechos claros. Aquí no vale lo de los amores que matan. Suficiente tiene el muchacho con su fracaso afectivo en la casa.

Juan pertenecía a una familia muy rica, totalmente desunida. El padre vivía por una parte, la madre por otra. Su casa era un inmenso palacio, con todo el confort imaginable, pero carente de todo calor humano. Juan era un muchacho con un rostro algo repulsivo, de voz, movimientos y actitudes feminoides. Se masturbaba varias veces al día. Continuamente molestaba a sus compañeros y, a base de molestar, conseguía tener siempre centrada sobre sí la atención de los demás. Por lo general, los profesores no le soportaban más de un cuarto de hora seguido en clase. Fuera de su necesidad neurótica de llamar la atención -consecuencia lógica de su carencia de cariño paterno-, era lo que sus compañeros llamaban "pagajoso". Se prendía de profesores y compañeros, con una charla estúpida y estridente y una sonrisa melosa. No había modo de desprenderse de él. Por más que se le despidiera, o se le insultara o tomara el pelo, insistía en seguir pegado, y en sus conversaciones. El ritmo del colegio lo arrastró y no se pudo hacer nada por él. Siendo como era de una inteligencia especialísima -en determinados momentos podía resolver un problema muy complicado con una rapidez asombrosa- su situación familiar le abocó a un ansia de cariño totalmente neurótica, y a un fracaso en sus estudios.

Hambre de cariño. Tanto o más que el comer, necesitan nuestros muchachos comprensión, afecto, aceptación. Si se prescinde de ello, no se logrará dar un solo paso adelante en su formación.

2.- Inseguridad emocional y afectiva.

La ausencia de una relación amorosa normal en la casa, conduce a una carencia de patrones normales afectivos. Es decir, toda emoción tiene un modo peculiar de canalizarse y de manifestarse al exterior. Sin embargo, cuando no se ha experimentado en la infancia este tipo de vivencias, el núcleo afectivo permanece aislado y, por lo tanto, infantil, anclado en un estadio de "subdesarrollo". En mucho mayor grado si ha habido algún tipo de rechazo. La afectividad entonces no conoce su lugar en el mundo. De ahí su inseguridad. (Observo, aunque no sea más que de paso, cómo este anclarse de la afectividad, esta no canalización normal de las emociones, produce en la persona un estado de angustia, que estallará hacia el exterior en diversos síntomas marcadamente neuróticos.) El muchacho no sabe muy a menudo qué actitud adoptar, y busca el apoyo de sus compañeros. Una risa en clase a destiempo, una indicación irónica de un profesor

una reprensión pública, pueden originar un trastorno catastrófico en la afectividad del muchacho. Retrocederá defensivamente, recluyéndose en una serie de mecanismos neuróticos de defensa, como pueden ser el olvido, los ensueños, o las pequeñas venganzas (¿no hemos caído en la cuenta, por ejemplo, cuántas veces un muchacho se masturba para "vengarse" de un profesor?).

Hay que tener muy presente esta inseguridad emocional, a fin de comportarse con gran delicadeza en todo nuestro contacto con el muchacho. Su afectividad es un receptor sensibilísimo de todo estímulo externo, y normalmente estos estímulos son percibidos como un posible ataque. Recuerdo un muchacho, bajo otros aspectos excelente, que continuamente producía quebraderos de cabeza a los profesores. Cuando se le hablaba, pasaba con una rapidez asombrosa del llanto a la risa, y nuevamente al llanto. Su padre, militar, no había sabido darle amor desde su infancia, sino que, animado de los mejores deseos, lo había tratado siempre de una manera brusca. Por otra parte, un hermano mayor que él se encargaba de darle grandes palizas. Su madre continuamente le estaba comparando con otro de sus hermanos, poniéndoselo como ejemplo, con lo cual este muchacho se sentía más y más rechazado, y cada vez más incapaz de cumplir lo que se le pedía. Prometía con buena voluntad, y a los cinco minutos ya había quebrantado su promesa. Tenía la afectividad a flor de piel, reaccionaba inmediatamente al más mínimo estímulo, pero sus reacciones eran siempre desproporcionadas y, por lo general, fuera de lugar.

3.- Incapacidad para concentrarse.

Recordemos el caso de Fernando. Siendo como era hasta entonces un muchacho sumamente dedicado, llegó un momento en que no era capaz de concentrarse sobre lo que estaba leyendo más allá de un cuarto de hora o diez minutos. Este es un caso muy frecuente. Aun en momentos de preparación de exámenes, en que el miedo a la prueba impulsa de una manera desmedida a "clavarse" sobre el libro, puede observarse que la concentración va a ramalazos, y difícilmente se mantiene durante un rato prolongado.

Creo que esta incapacidad de concentración -fuera del claro motivo de la poca atracción de la materia estudiada, factor que veremos más adelante-, tiene una unión muy estrecha con la insatisfacción emocional de que hemos hablado. Estudiando la estructura de la personalidad humana, podemos observar que existen una serie de necesidades fundamentales, cuya satisfacción en un grado determinado es absolutamente necesaria para el desarrollo normal del individuo. Estas necesidades forman una escala progresiva, de acuerdo con la misma estructura humana. En la base están las necesidades de tipo fisiológico, en la cúspide las de orden espiritual. Difícilmente puede avanzar el hombre hacia la satisfacción de necesidades superiores, sin antes haber satisfecho convenientemente las necesidades inferiores, ya que las unas se fundamentan en las otras. Existirían algunas excepciones a esta regla (Viktor E. Frankl nos ha mostrado algo de eso en su estudio sobre los campos de concentración en la segunda guerra mundial. Cfr. "Un psicólogo en el campo de concentración." Ed. Plantín, Buenos Aires, 1956.), que no harían sino confirmar la regla. Cuando la Iglesia, por ejemplo, considera que no puede llevar su mensaje sin antes haber promovido un orden social conveniente, está aceptando en la práctica esta teoría. Es muy difícil que nos concentremos en un trabajo intelectual, si tenemos hambre. Los antiguos días de ayuno nos hacen comprender personalmente esta afirmación. Pues bien, en la escala de necesidades humanas fundamentales, la necesidad de afecto se sitúa con anterioridad a la necesidad intelectual cognoscitiva. El ansia de saber está apoyada en una satisfacción de la necesidad afectiva. Nadie puede estudiar cuando está bajo la impresión de un disgusto profundo. Esto, que es evidente, se convierte en norma casi de vida, para quien por lo general no tiene satisfecha su necesidad de amor, de afecto. Fue esto, en parte, lo que nos condujo a afirmar con anterioridad que debíamos aceptar al muchacho en una forma total e incondicional, antes de dar un solo paso en su formación. Ahora podemos comprender un poco mejor la razón de nuestro aserto. Y por ahí entenderemos en parte, por qué un muchacho pro-

veniente de un ambiente muy humilde y pobre, con dificultad podrá encajar en el ambiente de un colegio ^{de este} (nuestro). La experiencia -apoyada por otras razones, claro está- confirma a menudo lo que estamos diciendo.

4.- Esquemas de relación social agresivos.

Es otra consecuencia lógica del conflicto afectivo del muchacho en su casa. El muchacho comprende inconscientemente que no es admitido gustosamente en el mundo, que no se le recibe incondicionalmente. Al menos, esa es la impresión que tiene ante la ausencia de cariño. Evidentemente, esta impresión no llega al plano de la conciencia, como tampoco llega la actitud defensiva que adopta en su proceder. Sin embargo, su inconsciente, sobre el que ningún dominio puede ejercer, mueve todos sus actos externos en este sentido. Todo el mundo exterior, personas, cosas, acontecimientos, son considerados inconscientemente por el muchacho como posibles enemigos, como fuentes de posibles agresiones. Y emplea todos los medios ~~para~~ defenderse de ellas. Veamos algunos de los medios empleados más comúnmente:

a) La ironía y la actitud despectiva, como del que está por encima de muchas cosas. El muchacho va proclamando con su proceder e inciuso de alguna manera con sus palabras, que todo le importa muy poco, que las demás personas o cosas "le vienen sobrando".

b) La postura "viriloide". Por postura viriloide entiendo esa actitud "machista", que todo lo soluciona con golpes o palabras gruesas. Se evita cuidadosamente todo signo externo que pueda indicar de alguna manera debilidad. Es otro medio de manifestar desprecio por lo afectivo, considerado como algo "femenino".

c) La justificación previa. El muchacho pretende cubrir con racionalizaciones hasta el más ínfimo de sus actos, aunque no se le pida cuenta de él (+). Recuerdo, a este propósito, el caso de Gilberto. Justificaba lo injustificable. Ponerse a hablar con él, era escuchar una serie de racionalizaciones de todas y cada una de sus actos. En el fondo, Gilberto tenía una sensibilidad finísima, y padecía verdadera angustia de que se pudiera penetrar en su afectividad. Tenía miedo a entregarse, a aceptar una verdadera amistad o lazo afectivo. ¡Y con ello no hacía sino poner barreras a lo que, inconscientemente, más anhelaba!

d) La charla encubridora. A menudo el muchacho habla mucho, cuenta muchas cosas, incluso acerca de sí mismo. Es una manera de desviar al "enemigo", de hacerle presentar batalla en una zona escogida previamente por el inconsciente del muchacho, allá donde nada tiene que temer. Con su charla, evita que la conversación toque temas o aborde problemas que verdaderamente le afectan. ¡Cuántos padres espirituales creen conocer a fondo a determinado muchacho, al que encuentran muy "abierto", y en realidad desconocen su verdadera problemática! No es raro que si llegan a enterarse por otros conductos de ciertas reacciones del muchacho no puedan dar crédito a sus oídos. Puede ser incluso que lleguen al convencimiento de que les ha estado engañando y pierdan toda confianza en él.

En realidad, el muchacho ha cercado su afectividad, temeroso de más heridas. Habrá que establecer un ambiente de aceptación total, antes de que nos permita bucear en su intimidad emocional, antes de que nos abra su verdadero yo. Y, por desgracia, muchas veces los directores espirituales no son los más indicados o capacitados para crear ese ambiente previo.

e) El activismo. Son muchachos por lo general muy apreciados por sus maestros y superiores. Toman parte en todo con gran entusiasmo, colaboran en todos los proyectos del colegio o del curso. Siempre tienen algo que hacer. Hablan muy frecuentemente con sus profesores, aunque sólo

(+) "Racionalización: Proceso mental de discurrir razones manifiestas para justificar un acto u opinión que está realmente fundado en otros motivos o causas, aunque esto pueda no hacerse patente al racionalizador." WARREN: Diccionario de psicología. Fondo de Cultura Económica, México, 1963. Pág. 299.

de las actividades que están organizando, de cómo se desarrollan los planes, de lo que hay que hacer, etc. Muchas veces, con esa actividad no hacen sino encubrir sus problemas íntimos. ¡Cuánto nos sorprenderíamos si viéramos a ese muchacho llorar sobre la almohada de su cuarto! Siempre se le veía tan dinámico, tan alegre, que a nadie se le hubiera ocurrido que también él tenía problemas. Pero los tiene. Su método de defensa es un ataque, sublimado en continua actividad. Déjesele una temporada sin actividad en el colegio, e inmediatamente buscará otras actividades fuera. El caso es mantenerse ocupado, ya que la ocupación activista es la defensa de su núcleo emocional.

Todos estos no son sino algunos de los medios con los que el muchacho defiende su afectividad. Existen otros muchos. Pero todos tienen el mismo origen: una afectividad herida, temerosa, estancada en un estadio infantil. El yo no hace sino construir barreras a su alrededor, a fin de defenderla contra posibles (y muchas veces imaginarios) ataques. Si estas barreras no se derriban a tiempo, el individuo no podrá estructurar una personalidad armoniosa, sino que existirá siempre en él una inadecuación desequilibrante entre lo intelectual y lo afectivo. Antes o después algún impacto en la vida dará lugar a la aparición de rasgos neuróticos, o producirá un fuerte "break-down" emocional. Fuera de que, precisamente con estas barreras, el muchacho está impidiendo la consecución de aquello que más anhela y necesita: el cariño de los demás.

5.- La "paternidad" del profesor.

Efectivamente, el profesor es para el muchacho un padre. Esto, que podría aparecer como una ventaja, constituye uno de los obstáculos más grandes que tiene que superar el educador. El muchacho considera al profesor como un padre sí, pero lo considera como a la imagen vívida de su padre. Con todos los inconvenientes que esto acarrea. El padre, ya lo vimos, representa para el muchacho la autoridad en cierta manera despótica, el castigo, la ley inflexible. Pocos son los muchachos que tienen una imagen realmente apreciada de su padre. La mayoría no lo ven como una fuente de cariño, de seguridad, sino como un juez que premia o castiga. Frío en su proceder cotidiano, apasionado en la sanción. La figura paterna, en lo que pueda tener de peor, es trasladada al maestro. El maestro es así la persona puesta por los padres para obligar al muchacho a hacer una serie de cosas que le desagradan y, llegado el caso, para aplicar friamente las sanciones. Se me dirá, tal vez, que no hago sino repetir a Freud. Y no niego que encuentro en Freud muchas teorías de gran valor, que la experiencia me ha hecho corroborar. Sin embargo, la identificación afectiva que el muchacho realiza entre la figura paterna y el maestro no es algo deducido teóricamente, es algo que he podido concluir de mi propia experiencia con los jóvenes, independientemente de Freud.

Para el profesor, esta identificación representa un doble peligro. Porque, o bien no supera esta identificación, en cuyo caso seguirá identificado con la imagen paterna, o bien la supera, en cuyo caso puede perder lo que necesariamente se ha de conservar para la ~~form~~ labor formativa. Explico brevemente.

No superar la identificación con la imagen paterna, supone conservar entre el educador y el muchacho una barrera afectiva intransitable. Ningún progreso en la educación es entonces posible. El profesor se convierte en un enemigo, un juez aborrecible que pone calificaciones a capricho, y que castiga injustamente. Tiene todos los inconvenientes de la imagen paterna, y ninguna de las ventajas que el padre real pueda tener. Si el muchacho no reacciona por otra parte, este tipo de profesores pueden echar abajo la labor entera del restante cuerpo de educadores. ¡Cuántas veces el muchacho juzga un colegio por la impresión que tiene de un determinado profesor!

Superar la identificación con la figura paterna, supone para el profesor poderse desligar del carácter "judicial", de ser visto como "El que manda y castiga", el que tiene la autoridad en su mano, con la que puede hacer lo que le venga en gana. Muchas veces, caída esta imagen, el muchacho ya no ve en el profesor sino un pobre hombre, con el que puede

hacer lo que quiera. Le perderá el respeto, le tomará el pelo siempre que tenga oportunidad y, en lo más íntimo de su ser, le despreciará. Cayó la identificación con la imagen paterna, es verdad, pero su caída arrastró todo vestigio de autoridad y prestigio, tan necesarios para poder formar al muchacho.

Hay que superar la identificación, pero evitando que la caída de esta imagen arrastre consigo la autoridad que el educador debe conservar. Encontrar un punto medio entre aceptación y autoridad, entre afecto y disciplina, es imprescindible. Ahí está la piedra de toque del verdadero educador, pues sólo él sabrá ser cariñoso sin perder la autoridad, se hará querer de verdad sin que por ello mengüe -antes al contrario- el respeto que se le tiene.

II.- ESTUDIOS

A) ANALISIS

Muy a menudo se identifica en la conversación normal los términos "educación" y "estudios", cuando es evidente que los separa un amplio margen. Realizar estudios es siempre una forma de educarse, es decir, un medio concreto y determinado de alcanzar algunas de las metas que la educación humana se propone. El término educación es muchísimo más amplio. El Diccionario lo define como la acción y efecto de educar. Educar tiene cuatro acepciones: "Dirigir, encaminar, doctrinar.- Desarrollar o perfeccionar las facultades intelectuales y morales de una persona.- Desarrollar los sentidos o las fuerzas físicas por medio del ejercicio.- Enseñar urbanidad y cortesía." Educar implica, por consiguiente, estructurar una persona humana incipiente en todos los niveles de su ser: físico, intelectual moral. Los estudios cumplen una función básica en esta estructuración, sobre todo con respecto a los factores intelectuales y morales. Sin embargo, los estudios solos no bastan. Los estudios no son por tanto ninguna meta-verdad elemental, que no viene mal recordar- sino un medio, muy importante si se quiere, pero medio. Un medio debe caminar junto a otros medios, y todos ellos subordinarse al ideal, que es la formación integral -y no sólo la información- de la persona humana.

Si los estudios son un medio que se ha de subordinar a la formación de la persona humana, serán las conveniencias concretas del hombre las que determinen el qué, el cómo y el cuándo de los estudios. Otra verdad elemental, tal vez demasiado olvidada por los teóricos de la educación. No son el mejor medio para formar hombres los que, en teoría, pudieran ser los estudios más convenientes, sino unos estudios ligados necesariamente a la estructura de esta persona concreta, en esta circunstancia cultural, psicológica, social. Por lo tanto, nuestro objetivo no ha de ser adaptar nuestros muchachos a un sistema ideal de estudios (¿existe tal sistema?), sino por el contrario adaptar el sistema a los alumnos. En otras palabras, buscar el mejor plan de estudios para estos muchachos concretos. Esto supone que, antes de establecer un plan de estudios, debemos analizar a fondo la realidad concreta de nuestros alumnos. Señalemos cuatro puntos imprescindibles a este propósito:

1.- Situación socio-económico-cultural del país. El muchacho se encuentra situado en una estructura social. En ella ha nacido, vive y se ha de desarrollar normalmente toda su vida. Prescindir, por ejemplo, del hecho de que vivimos en un país subdesarrollado, en el que existen unos desniveles económicos injustos y alarmantes, es una falta de realismo. Existen unas estructuras anacrónicas, en las que mientras unos lo tienen todo, la mayor parte no tiene nada o casi nada. El muchacho tiene que enfrentarse con esta realidad a fin de saberse situar en ella y capacitarse para hacerla evolucionar el día de mañana. En este aspecto, no comprendemos cómo se pueden llamar centros "educativos" ciertos establecimientos en que los muchachos o muchachas reciben una "formación" ajena totalmente al ambiente en que viven: colegios donde se habla siempre una lengua extranjera, se reciben clases de equitación, de baile, etc. todo dentro de un nivel de auténtico lujo, donde caridad es sinónimo de limosna, educació

de artificiosidad, cultura de superficialidad -y poco importa que sean religiosos o monjitas los que dirijan estos colegios. En mi opinión, estos centros son altamente (muy "high") deseducativos. Prescinden de un factor trascendental, como es el de que la persona vive en una sociedad y esa sociedad tiene unas determinadas características. Este tema nos daría materia para una larga reflexión, pero bástenos con dejarlo insinuado.

2.- Situación familiar del alumno. Tras la situación del alumno en la sociedad, su situación concreta en una familia, en un hogar. Tiene una repercusión inmensa para el plan de estudios -encuadrado en un ideal formativo-, puesto que el muchacho, se quiera o no, trae al colegio toda la problemática de su casa, y está sometido diariamente al bombardeo psicológico e intelectual que supone el influjo de sus padres y familiares. Como de este tema ya hemos hablado en la parte anterior, nos basta aquí con mencionarlo.

3.- Aptitudes del alumno. Por aptitud se entiende en psicología "la condición o serie de características consideradas como síntomas de la capacidad de un individuo para adquirir, con un entrenamiento adecuado, algún conocimiento, habilidad o serie de reacciones" (Warren: op. cit., pág. 20). Luego existen diversas aptitudes, síntomas de diferentes capacidades. Las capacidades están subordinadas: a) al organismo del individuo, b) a su constitución psíquica y, c) al condicionamiento a que ha sido sometido a lo largo de su vida.

Este último condicionante de las aptitudes creo que no ha sido suficientemente valorado. Mediante un ejemplo sencillísimo podremos comprender su importancia. El olfato, en el hombre, es un sentido de corto alcance, de una sensibilidad muy limitada, mientras que en el perro, tanto el alcance como el umbral máximo de sensibilidad es muchísimo mayor. La ausencia de uso puede llegar a atrofiar un miembro o una facultad, si no totalmente, sí en la capacidad de rendimiento. Un individuo con gran facilidad de palabra, que nunca ejercite esta facultad en su juventud, difícilmente podrá convertirse, ya adulto, en un gran orador. Aunque habría que matizar algo estas afirmaciones, su sentido es obvio y evidente.

Déjesenos insinuar, aunque no sea más que de paso, una aplicación concreta. El muchacho actual, desde que nace, se sitúa en una postura receptiva: la televisión, la revista ilustrada, el "paquín" le dan todo hecho. Se encuentra, por lo tanto, condicionado a un continuo aprendizaje de lo concreto, de lo sensible, principalmente visual-auditivo. Su ejercitamiento en lo abstracto es prácticamente nulo. Pretender, de un momento a otro, introducirle en el mundo de lo abstracto -sólo números, datos, ideas- es un absurdo pedagógico. Sin embargo, me atrevería a decir que nuestro sistema escolar es abstracto en un 80 u 85 %.

¿Por qué empeñarnos en que el muchacho estudie una serie de materias, en ningún modo fundamentales, para las que el muchacho tiene una aptitud mínima o ninguna? Dejo planteado por ahora el problema en una forma esquemática, para posteriormente irle dando más cuerpo.

4.- Peculiaridades psicológicas del alumno. Cada persona es un ser diferente. Introducir a todos, absolutamente a todos, en los mismos patrones de estudios, es "a priori" un absurdo. Tampoco afirmo que tenga que haber un colegio para cada alumno. Pero sí que hay que individualizar mucho más la educación. Problema ligado con el punto anterior.

Centrado así el planteamiento educativo, comprendemos inmediatamente que debemos conocer más a fondo el ambiente de nuestro colegio, el ambiente familiar de los alumnos, su condicionamiento anterior y externo. Sólo así podremos impartir la educación necesaria. Como realizar un examen total de todos estos factores sería algo muy complejo y prolijo, nos limitaremos a insinuar algunas de las características más sobresalientes que hemos podido observar.

a) Supervaloración de lo técnico.

Entre nuestros muchachos, cuando se habla de carrera se entiende inmediatamente una carrera técnica. Ciencia, para ellos, es lo mismo que técnica. En mi experiencia como profesor de literatura en el último año de secundaria pude observar repetidas veces que, antes de poder dar un sólo paso en análisis literarios de cierta profundidad, había que vencer

el convencimiento emotivo-ambiental del muchacho de que literatura es igual a "paja". Lo estético no tenía cabida en su estructura mental; no podía comprender su valor humano y formativo, más aún, lo despreciaba más o menos abiertamente. Muchachos con maravillosas aptitudes literarias, quedaban truncados en su capacidad estética debido al endiosamiento de lo técnico. El ambiente puede estar realizando en este plano una labor destructiva, impulsando al muchacho -a ciertos muchachos, al menos- por sendero para los que tal vez no estén capacitados, y cerrándoles las puertas de otros caminos.

b) Practicismo.

Junto a la supervaloración de lo técnico, se da un practicismo exagerado. El ambiente le ha enseñado al muchacho que lo que no tiene una aplicación práctica, inmediata, no tiene valor. Este practicismo exagerado es un gran obstáculo que tiene que vencer el educador. Porque, en el muchacho, este practicismo se concreta en interesarse única y exclusivamente por lo que "va a entrar en el examen" y nuestros exámenes -ya lo veremos- están comidos por el memorismo. Fuera de ello, este practicismo nubla todo horizonte de íntegra formación humana. Se pierden de vista lo que Unamuno llamó "ultratumberías", y la educación se convierte en un entrenamiento de saltamontes: pequeños saltitos, de examen a examen, de curso en curso. El muchacho llega a la conclusión de que todo lo que no sea hacer problemas o memorizar datos es perder el tiempo.

A ello contribuye la tendencia simplificadora de algunos profesores, que creen hacer un beneficio al alumno haciéndole subrayar cortos párrafos en los libros de texto, dándole una lista de las preguntas para el examen y cómo se deben responder. Con ello, se reduce el estudio a la memorización, la labor formativa a la informativa. El subrayar y los cuestionarios, que de por sí son medios prácticos para estudiar, se absolutizan así, perdiendo su eficacia formativa. ¡Triste servicio el que prestan tales profesores a sus alumnos!

c) Exuberancia climática y vital.

Un factor que creo se considera muy poco es el del clima y su influjo en la persona. Nuestros países son de clima caliente y continuo. La temperatura, con muy pequeñas diferencias, se mantiene constante a lo largo de todo el año. Mientras el frío lleva al individuo a una tendencia de recogimiento, el calor lo lleva a una actitud de dispersión. Es evidente que en los climas calurosos el individuo busca la sombra, el lugar fresco, etc. pero solamente para estar (¿cuasi-vegetar?) no para trabajar. Se siente desganado, sin ganas de mover un solo dedo. El calor es enemigo de la concentración que requieren los estudios, mientras que el frío ayuda a esta concentración, tan pronto como el individuo se encuentra en un ambiente más acogedor.

Fuera del calor externo, está el "calor interno". El muchacho centroamericano tiene una sangre ardiente, una exuberancia vital que le desborda por todas las partes de su ser. Esta puede ser una observación vulgar, pero en todo caso es real. Falta temple de estudios, de sentarse un rato largo ante un libro. A ello puede coadyuvar -y es ciertamente un factor decisivo- la educación ya recibida, ~~ex~~ la práctica del estudio ya adquirida, pero no se puede negar que el muchacho es de por sí más inclinado a la acción que a la contemplación activa -que requiere concentración y esfuerzo mental.

Recuerdo el caso de un muchacho excelente, magnífico deportista, gran amante de las excursiones, siempre pronto para toda actividad corporal. Estudiar le costaba esfuerzos sobrehumanos. A pesar de que tenía una voluntad de oro, no era capaz de concentrarse más allá de diez minutos, y volvía locos con sus "salidas" a todos sus compañeros y profesores. La vitalidad se le desbordaba. Con unas aptitudes espléndidas para ciertas ocupaciones más "activas"; los estudios se le hacían muy cuesta arriba. Probablemente este muchacho tendrá que peregrinar largos años por el camino de los estudios, aunque posteriormente su actividad profesional siga otros derroteros totalmente distintos. ¿No se podría pensar en otro tipo de formación, no tan estrictamente intelectual, para este muchacho? Considérese que, para él, los estudios es un camino de continuo sufrimiento y frustra-

ción. Fuera de que tiene que competir en circunstancias muy desfavorables -de aptitudes, se entiende- con muchos de sus compañeros, lo que le puede crear conflictos psicológicos muy serios. Y el caso de este muchacho no es único, ni muchísimo menos.

d) Programas recargados de memorismo.

Pongo a estas características por parte del muchacho, se encuentra el programa de estudios, exigido oficialmente. Es un programa realizado con la mira en los estudios de otras naciones, más en concreto, europeas (España, Francia). Por lo tanto, es un programa que, ya de base, está desadaptado a la realidad. Pretender, como lo pretende continuamente, soslayar ciertos baches con la adición de nuevas materias o capítulos, es todavía multiplicar su ineptitud. Como si la educación hubiese que cifrarla en la cantidad, y no en la calidad. Pongo dos ejemplos que he vivido directamente.

En el primer programa de química para un curso de secundaria (muchachos de 14 a 16 años) se exigen todos los fundamentos de la química, más un conocimiento básico de la química orgánica e inorgánica -lo que implica la formulación antigua y nueva, modos de obtención de los productos, etc. Cualquiera que tenga ciertos conocimientos de química comprenderá inmediatamente que la extensión de esta materia es tan vasta, que el alumno no puede ni siquiera intentar asimilar todos estos conocimientos en un solo año. Preténdase añadir a esto la elemental práctica de laboratorio, y se verá el callejón sin salida en el que se encuentra el profesor. Si este, con un sentido realista de la enseñanza, pretendiera hacer avanzar a sus alumnos a partir de la experiencia de laboratorio -única manera de que el alumno coja afición a la química, y de que vea lo que de apasionante hay en ella- no podría desarrollar ni una tercera parte del programa. Total, tiene que reducirse a una marcha forzada de memorización y ejercicios escritos, con el perjuicio consiguiente para la enseñanza de la materia y para el alumno mismo.

Algo semejante sucede con el programa de literatura del último curso de secundaria. Pretende el programa dar una visión total de toda la historia de la literatura española e hispanoamericana. En vez de centrarse en unos cuantos autores claves y representativos, a fin de hacer de ellos un estudio algo profundo -y no digo mucho-, el programa acumula nombres de autores, medidos todos ellos por el mismo rasante. Al mismo tiempo, recomienda que el estudio se haga a base de lecturas de los autores -¿en qué tiempo? se pregunta el profesor. Es evidente que el seleccionar autores es una tarea que el profesor debe imponerse, pero aquí se presenta otra dificultad ya señalada: el practicismo de los estudiantes. Ante el muchacho está el panorama de un examen final, oficial, en el que lo único que se le exige son nombres, fechas, obras y argumentos. Más o menos, con la misma longitud en cuanto a la lista de autores. El muchacho tiene que memorizar todo eso. ¿Qué tiempo queda, por lo tanto, para una reflexión profunda sobre obras capitales de la literatura? No digamos nada en cuanto a trabajos personales del muchacho, como redacciones o monografías.

El memorismo imperante en nuestro programa, unido a las dificultades señaladas, crea una serie de circunstancias que el educador debe tener muy presentes.

xxx B) CONSECUENCIAS

1.- Motivación errónea.

El éxito de una actividad humana, en lo que respecta al individuo que la realiza, depende fundamentalmente de dos factores: la capacidad para esa actividad y la motivación que le mueve a ella. Empecemos, brevemente, por este segundo factor.

Los motivos que mueven al muchacho en sus estudios, son por lo general endógenos: lo quieren sus padres, las circunstancias le impulsan a ello, son necesarios para conseguir una buena posición social y así ganar mucho dinero. Fundamentalmente, estos son los motivos por los que el muchacho estudia.

Si observamos un poco estos motivos, veremos que ninguno de ellos tiene la más mínima estabilidad. El primero, con la rebelión adolescente,

puede ser rechazado de plano. Si no consciente, al menos sí inconscientemente. Y anotemos de paso, que es origen de una agresividad contenida del muchacho para con sus padres. El colegio es el medio de que se sirven los padres para sujetarle, e introducirle en el mundo convencional y fingido.

Los otros tres motivos son totalmente accidentales y un muchacho que tenga una buena posición social y ningún sentido de la responsabilidad +lo que es natural, ya que todo en la vida se le ha dado hecho- los despreciará olímpicamente: "Posición social, ya la tengo por familia. Dinero, lo mismo. Y nadie podrá decir de mí que soy inculto, porque aquí cultura es dinero." Pensamiento este que no se llegan a formular, pero que late en muchos inconscientemente.

Falta una auténtica motivación para el estudio, una motivación humana, personal y social. El muchacho no comprende, por de pronto, que es un privilegiado de la fortuna, que está entre la poquísima proporción de jóvenes de su país que puede estudiar sin preocupaciones económicas. Puede ser que lo llegue a comprender intelectualmente, pero casi nunca afectivamente, y esto acarrea una serie de consecuencias sociales muy perniciosas. Considera que sus ventajas le son debidas porque sí, y no recapacita que sus estudios se apoyan y se realizan gracias al esfuerzo anónimo de muchísimos de sus compatriotas.

Tampoco comprende que la educación no es un simple medio para conseguir una buena posición social y ganar mucho dinero, sino un medio de formación personal, a fin de que, integrado en la sociedad, haga rendir todas sus facultades en provecho de esa misma sociedad.

El practicismo de que hablábamos antes es, en parte, consecuencia del ambiente en el que el muchacho se ha desarrollado, pero es también consecuencia de esta falsa motivación. Puesto que lo único que busca con su educación ^{o el mejor de los casos,} es conseguir una ventajosa posición social, el muchacho sólo apreciará aquello que le conduzca a esa posición, es decir, se volverá "practicista". Se acogerá a lo técnico, que es lo que produce más dinero, prescindiendo de si él sirve para ello, o de si es lo más conveniente para la sociedad en que vive. No digo que lo técnico no sea lo más conveniente para nuestra sociedad -ni lo afirmo, ni lo niego-, sino que el muchacho no considera este factor de conveniencia social cuando se enfrenta con sus estudios.

Una vez llegados a este punto, se nos ha cerrado un círculo vicioso, del que es muy difícil sacar al muchacho. En este círculo del practicismo, la ilusión por el estudio es muy difícil. Despertar nuevos intereses, sin tener en cuenta este practicismo, es casi imposible. El sentido de la formación integral ha sido desplazado de su centro de gravedad, y mucho esfuerzo nos costará centrarlo adecuadamente.

2.- Desorientación.

El muchacho está desorientado en sus estudios. La causa es clara: no se ha contado con sus capacidades a la hora de trazar un plan de estudios. ¿Cómo es concebible que se pretenda cortar a todos por el mismo patrón? Un conocimiento mínimo de psicología diferencial nos demuestra que las capacidades en el hombre -incluso las intelectuales- son muy diversas. Prescindir de esto, es exponerse a equivocar la formación en muchos casos.

¿Cuántas veces no hemos oídos a muchachos de quienes nos costa que se esfuerzan, y que no tienen ninguna traba afectiva, exclamar: "Tal materia no me entra. Por más que hago, no me entra"? ¿No será que, efectivamente, no le entra? Ya podemos esforzarnos por enseñarle nuevos métodos de estudio, de trabajo, por darle clases y explicaciones particulares; es inútil. Al muchacho no le entra esa materia. Y es que no está capacitado para ella. ¿Por qué no admitir esta sencilla realidad? Y, una vez admitida, ¿por qué empeñarnos en que la siga estudiando? No desconozco que esto tiene implicaciones oficiales fuera de nuestro alcance, pero debemos ser, al menos, conscientes de ello y tratar de crear un ambiente favorable para la sustitución de este sistema antieducativo -porque antieducativo es pretender forzar al muchacho por un camino para el que Dios no le ha dotado.

Se me ocurre aquí que nuestro sistema educativo es demasiado

estrecho: o se entra o no se entra por él. No caben alternativas. Pero esta disyuntiva es profundamente inhumana. ¿No son los hombres diferentes? ¿No son diferentes los papeles que están llamados a desempeñar en la sociedad? ¿Por qué, pues, esta igualación educativa?

Esta reflexión nos debe conducir a preguntarnos sinceramente sobre la necesidad de enseñar a todos ciertas materias que tal vez tradicionalmente hemos considerado como fundamentales. Hemos de ser más amplios y dejar un margen de elección, en el cual el muchacho pueda seleccionar aquellas materias que están más de acuerdo con sus aptitudes y, en definitiva, con su verdadera vocación. En este aspecto, el sistema educativo norteamericano es altamente aleccionador.

3.- Falta de placer en el estudio.

Aunque en el fondo esta consecuencia viene siendo un aspecto más de las consecuencias ya señaladas, quisiera plantearla bajo otro punto de vista.

El hombre tiene una tendencia lúdica innata, es decir, desde infante tiende a entregarse a la acción lúdica o de juego. Numerosos estudios han demostrado que los hombres que verdaderamente triunfan y son felices en su trabajo, encuentran en él las mismas satisfacciones que encontraban cuando niños en sus juegos. El vocabulario colegial, siempre tan expresivo, nos puede enseñar mucho sobre esto. Una clase buena es siempre una clase "entretendida", "divertida". Tal vez ni siquiera se han reído una sola vez en el transcurso de la clase, pero el muchacho estaba de tal manera interesado en ella, de tal manera cogido por su desarrollo, que el tiempo se le ha pasado volando. Una clase puede que sea muy buena técnicamente, pero muy aburrida (=mala pedagógicamente). El muchacho lo nota enseguida. Y no coge gusto por la materia. Le cuesta estudiarla, no siente placer en ello. Lo cual sucede cuando no se ha integrado esa materia en los intereses o capacidades del muchacho. Así se vuelve a unir este matiz lúdico con las características antes señaladas: no se encuentra satisfacción en aquello que no nos interesa, o para lo que no somos capaces. Y otra vez tenemos que reconocer que el sistema educativo norteamericano nos lleva mucha ventaja, ya que en él se realiza de una forma mucho más sensata el paso del juego al estudio, la integración de nuestro espíritu lúdico en la realización de una tarea seria. De todo lo cual podríamos sacar muchas conclusiones, que preferimos dejar a la intuición de nuestros lectores.

4.- Incapacidad de iniciativa personal.

En ^{este tipo de} nuestros colegios es corriente que el profesor "lo tenga que hacer todo". Explicaciones prolijas, que se repiten una y otra vez, ejercicios públicos de asimilación, esquemas, etc. El origen de esto hay que buscarlo en las características que analizamos en la primera parte.

¿Qué atinada era la exclamación de Nietzsche: "El buen educador hace como la naturaleza: pone obstáculos para que el alumno los supere."! En esto se nota al buen educador: el que, de una manera o de otra, hace que la iniciativa nazca del muchacho. ¿Volvemos al socrático oficio de parte-
ra? Pues sí. Lo otro es tal vez lo más satisfactorio ("¡qué buenas clases doy!") y lo que, a primera vista, desean los muchachos. Pero en ninguna manera lo educativo. Si el profesor lo hace todo, al muchacho le basta con un ~~esfuerzo~~ mínimo de esfuerzo, es decir, con una actitud pasiva. Y donde no hay esfuerzo personal, no hay progreso.

¿Cómo despertar la iniciativa personal? Búsqese por el lado de intereses, de motivación, de capacidades. Son los escalones que conducen a ella. Conozco muchos jóvenes que, para los deportes, eran todo iniciativa y organización, pero a la hora del estudio se comportaban de una forma totalmente pasiva. Los unos -los deportes- satisfacían plenamente toda su motivación e interés, los otros -los estudios- se encontraban orillados con respecto a ellos.

5.- El problema de los deberes o tarea en casa.

Sé que es un problema muy discutido y sobre el que existen opiniones muy diferentes. Con las debidas matizaciones, me manifiesto contrario al sistema de tarea obligatoria en casa. Algunas consideraciones que me mueven a ello:

- La casa es el lugar menos apropiado para realizar esos deberes. No existe un ambiente de estudios. No existe en muchos casos una situación afectivamente agradable, clima necesario para un trabajo verdadero. Por otra parte, la tarea es muchas veces la disculpa que tienen los padres para presionar a sus hijos.

- Las tareas en casa se presentan como la frustración de todas las cosas que al muchacho le apetece hacer: salir a jugar, pasear con muchachas, ver TV, etc. Esta oposición es muy perniciosa en la apreciación que de los estudios hace el muchacho.

- Se aumentan considerablemente las horas de trabajo intelectual, como si lo intelectual fuera la único que verdaderamente forma al hombre.

Obsérvese que soy contrario a los deberes obligatorios, ~~no~~ a las horas de estudio o trabajo que el muchacho, voluntariamente, se pueda imponer a sí mismo. Considero que un sistema de estudios, de cuya estructura se siga necesariamente la existencia de deberes en casa obligatorios, falla por algún lado. La experiencia nos enseña cómo los deberes han originado a menudo fuertes conflictos. El muchacho deseaba hacer esto o lo otro, pero estaban los deberes escolares por delante... Y se produce el conflicto. Si el muchacho decide hacer la tarea escolar, la hará a desgana, por lo general de prisa, sin concentración, deseando terminarla. Lo entonces hecho quedará matizado negativamente desde el punto de vista afectivo. Una tarea escolar realizada en lugar de una diversión que el muchacho deseaba, puede originar una aversión hacia la materia de la tarea. Si, por el contrario, decide seguir su deseo de diversión y dejar la tarea, se le presenta el conflicto al día siguiente en el colegio, y un sentimiento más o menos marcado de culpabilidad, de no haber cumplido con su deber -lo que le echarán en cara los profesores. Tal vez el temor al castigo o a quedar mal le impelan a mentir, diciendo que le fue imposible realizar la tarea por esta o aquella razón. ¿Por qué exponer a los muchachos a estas diarias elecciones, tan dolorosas afectivamente?

Se me dirá que la tarea desarrolla el sentido de la responsabilidad. En ciertos casos ideales, así es. Pero en la mayoría de los casos la responsabilidad no tiene aquí ningún papel que jugar, dado el carácter obligatorio de la tarea. Por eso dije antes que era enemigo de las tareas obligatorias.

Se me dirá también que la tarea complementa la labor del colegio ya que el tiempo no permite hacerlo todo en las horas colegiales. Y ahí está lo malo: hemos recargado tanto los programas, que al muchacho no le bastan las horas que pasa en el colegio, sino que tiene que añadir tiempos extraordinarios, si quiere seguir el ritmo que le marcan los profesores. Considérese que un muchacho normal de secundaria se encuentra enfrentado a un promedio de ocho materias, todas ellas de carácter más o menos abstracto: matemáticas, física, química, historia, etc. ¿No es algo excesivo?

Volvemos a insistir: ¿No estaremos sobrevalorando lo intelectual en la formación humana? ¿Por qué no sustituir algunas de esas materias, de acuerdo con los intereses y capacidades del individuo, por estudios prácticos -electricidad, carpintería, arte, impresión, etc.? Estos estudios, de carácter electivo, suministran al individuo una serie de habilidades muy valiosas para la vida, le hacen más grata la labor colegial, dan mayor variedad a las actividades allí desarrolladas, y redondean en una forma mucho más integral su formación. Fuera de la satisfacción afectiva que produce en el muchacho el dominio de estas artes. Con ello, se le abren nuevos horizontes de diversión, de plenitud y se da opción al desarrollo de muchas capacidades que, en nuestro sistema actual, quedan por lo general truncadas.

III.- RELIGION

A) ANALISIS

No sin cierto temor iniciamos esta tercera parte de nuestras reflexiones pedagógicas, ya que el tema es muy delicado y se presta a

equivocos. Queramos insistir una vez más en el carácter personal y subjetivo de estas reflexiones. Aun cuando en ocasiones nos sea imposible evitar valoraciones más o menos implícitas, está muy lejos de nuestra intención, como planteamiento general, el dar juicios de valor acerca de la religiosidad vivida entre nosotros. Nos limitamos en este análisis a presentar algunas características tal y como nosotros las hemos visto. Admitimos que podamos estar equivocados en ciertas apreciaciones. Nuestra intención es más bien suscitar un diálogo y una inquietud. Dado lo trascendental del problema, creemos que merece la pena correr el riesgo de equivocarse o ser mal interpretado.

- Catolicismo hereditario.

La religión católica es algo que entre nosotros el muchacho recibe, como recibe el nombre de sus padres. Una herencia más. Desde su punto de arranque, la fe católica no consiste para el muchacho en una decisión personal. Junto con la sangre de sus padres, junto con todas las normas de comportamiento social, recibe el muchacho las creencias y prácticas religiosas. Es algo, por lo tanto, que no nace de él, sino que se le da filtrado a través de las vivencias religiosas de su familia. Nada más nacer el muchacho es bautizado, a los ocho o nueve años hará la primera comunión, comenzará a confesar y comulgar, a asistir al sacrificio de la misa, todo esto de la misma manera que cumple con una serie de normas sociales y de cortesía, imperantes en el grupo social al que pertenece.

- Fe sencilla.

La fe así recibida tiene un fundamento más emocional que intelectual. Esto, que en la infancia puede ser muy beneficioso, posteriormente, al no progresar, puede producir serios conflictos. La fe de nuestros muchachos no suele tener en muchos casos mayor fundamento que la llamada "fe de carbonero". Se es católico porque los padres y los abuelitos fueron católicos. Se es católico, como se es nicaragüense o salvadoreño, blanco, mestizo o negro. Pregúntese a un muchacho por qué es católico, y probablemente se encontrará en dificultades para contestar. Esto que es normal y comprensible hasta los catorce o quince años, deja de serlo una vez pasada esta edad. Sin embargo, pocas veces el muchacho asume en la adolescencia -que es el tiempo indicado psicológicamente para el sacramento de la confirmación, como toma de conciencia de la propia religión, y también de la primera comunión- la responsabilidad y consecuencias de su fe religiosa, del bautismo que recibió en la infancia.

- Externalismo.

Así aceptada y así vivida, la religión se convierte en un formulismo social más. La primera comunión no es más que la ocasión de una fiesta familiar. La boda en la iglesia es una práctica social necesaria y exigida por la costumbre, fuera de que constituye una fiesta humanamente inolvidable. Se despliega toda clase de lujo, se mide la calidad por el número y condición de los invitados, se prepara a fondo la presentación de la ceremonia y de la fiesta posterior. En todo esto, la religión tiene un papel mínimo e intrascendente. La misa dominical se convierte en un formulismo más, exigido por las circunstancias y el buen nombre. Lo de menos es el sentido de participación en el sacrificio de la misa. La iglesia no es en muchas ocasiones más que un lugar de reunión social, un lugar para lucir vestidos nuevos y encontrarse con determinadas personas. En numerosas ocasiones tuve la oportunidad de verificar esto. La gente, indiferente a la celebración eucarística, charlaba entre sí, comentaba los vestidos de los asistentes, se citaba para reuniones o fiestas posteriores. Se prescinde de las consecuencias vitales que el sacrificio debería tener en el comportamiento cotidiano de los que en él participan. Es, repetimos, un mero ritualismo exigido socialmente, o una simple costumbre.

- Tabús, mitos, milagrismo.

Otra faceta de la religión, hereditariamente aceptada y vivida, es la de su contenido fantástico. El código de los mandamientos se reduce en la práctica al sexto y séptimo, en forma de tabú -es decir, de prohibición emocionalmente aceptada. Se da más valor a los milagros, a las tradiciones, que a las exigencias personales y sociales de la fe cristiana. Los santos ocupan un lugar preponderante en este tipo de religión, como pro-

digadores de soluciones a los problemas materiales de la vida práctica. La eficacia del agua de un santo, de una estampa o de una candela, sustituyen al esfuerzo de una vida íntegra, o a la oración a Cristo. Si algo va mal, se enciende una candela a algún santo, si un hijo está enfermo se le da agua de tal otro santo o de Lourdes, si no llueve y las cosechas se van a perder, se saca a tal Cristo en procesión pública. Este aspecto semi-mítico está claramente implicado en esa observación vulgar acerca de los sacerdotes: "Quien come carne de cura, jamás se cura." Recuerdo asimismo, el caso de aquel muchacho que creía que el canon de la misa sólo podría valer en el supuesto de que estuviera en una lengua ininteligible. Y este muchacho era de los que mayor formación religiosa tenía. ¿De qué secreto recoveco de su inconsciente provendría esta consideración mítica?

El mito, el tabú, la práctica milagrosa, están fuertemente arraigados en el consciente y en el inconsciente de nuestros muchachos. Hacerles pasar de ahí a una religión más vívida, más personal y, al mismo tiempo, más comunitaria, supone una revolución, gracias a Dios impulsada por el Vaticano II.

- Predicación pobrísima.

Junto a todos estos inconvenientes de una religión aceptada hereditariamente y no por decisión personal, nos encontramos con que los representantes de la Iglesia, con buena voluntad pero escasa preparación, cultivan y mantienen este estado de cosas. Es triste, pero hay que aceptarlo: nuestro clero tiene una preparación que deja mucho que desear para el cometido tan grande que se le presenta.

La predicación en nuestro ambiente es de una pobreza intelectual muy grande, y se limita a repetir tópicos y lugares comunes. Nada de una profundización de la palabra de Dios. Una predicación áspera, engolada y triste, muy "infernalista", dada a un continuo ataque del vicio y el pecado -y estos reducidos a unas determinadas formas-, a hablar de un infierno temible y de un cielo que, presentado así, se hace indeseable, por aburrido ("cantando eternamente al Cordero"). Esta predicación tiene muy poco de humana. Habla mucho de lucha contra el demonio, de mortificación, de sacrificio, de infierno... poco de gracia, de la alegría de la fe, de la trascendencia personal y social de nuestras creencias. Una predicación, por otra parte, que en muchos casos es un auténtico "opio del pueblo" sencillito, que coadyuva a mantener estados de explotación e injusticia. Y, junto a esto, no es infrecuente el caso del sacerdote cuya vida personal es lamentable, con lo que su predicación pierde ante los ojos de la gente toda la fuerza que podría tener.

No creamos que esta pobreza educativa religiosa se limita al púlpito. Otro tanto podríamos decir, trasladando un poco algunos términos, de las clases de religión dadas en escuelas o colegios católicos. Por desgracia, la clase de religión suele ser una de las que al muchacho se le hacen más aburridas. Se suele creer que basta ser religioso o sacerdote para poder dar una clase de religión, y esto es un absurdo (fuera de que muy a menudo se suele encomendar esta clase a personas ya ancianas, o incapaces de dar otra materia). También las clases de religión se limitan en muchos casos a repetir tópicos, a inculcar preceptos y tabús, bien empapados emocionalmente, a tener un carácter agrio y triste.

¡Qué pocas veces se ve a un muchacho hablar con naturalidad y alegría de su vida religiosa! Normalmente, creen que para hablar de religión hay que ponerse triste y serio, alargar el rostro y oprimir el espíritu. Si esto no nos dice nada, es que nos falta la más elemental de las intuiciones psicológicas.

- Iglesia-capitalismo.

Hay un punto de gran trascendencia, que apenas si quiero insinuar, dado lo resbaladizo y delicado del tema. Es la identificación real entre Iglesia y capitalismo. Nos guste o no admitirlo, la Iglesia (gran número de sus representantes, por lo menos) en nuestras naciones está bastante identificada con un sistema y, en muchos casos, sus autoridades y representantes comprometidos con una estructura. Para el pueblo la Iglesia no es la Iglesia de los pobres, la Iglesia del amor, sino una Iglesia explotadora, mantenedora de un sistema radicalmente injusto. Una Iglesia que

amenaza y esgrime truenos y relámpagos celestiales al que, impulsado por su hambre o su falta de formación, comete una serie de actos condenados por ese sistema que le ahoga.

Sé que este es un tema muy delicado, en el que hay que matizar mucho. Pero, seamos sinceros: ¿Cómo no va a identificar el pueblo a la Iglesia con capitalismo, cuando el señor Obispo llega a visitarle en un Mercedes, lujosamente equipado, con un cortejo cuasi-medieval, cuando en muchísimos pueblos el único que vive bien -casa, comida, etc.- es el "padrecito", cuando ven a obispos y sacerdotes participando de las grandes celebraciones sociales, en compañía de los altos mandatarios civiles, cuando no les oyen hablar más que de castigos, pecados -y siempre el mismo tipo de pecados- ... y pedir dinero, mucho dinero? Por otra parte, el pueblo comprueba que son pocos los sacerdotes que gustan de ir a ellos, de vivir con ellos, en su nivel, en su problemática, y muchos -casi todos los dedicados a un apostolado única y exclusivamente dirigido a las clases ricas. Sé que existen razones, sé que el Evangelio es para todos, y no sólo para los pobres. Pero también -y principalmente, Cristo lo dijo- es para ellos. En nuestros países, calculando en un 25 o 30 % la gente que vive holgadamente, y en un 75 o 70 la que vive en un nivel ínfimo, es posible que la proporción de sacerdotes esté invertida, es decir, que mientras un 30 % del clero está trabajando con ese 70 %, el 30 % de gente afortunada recibe al 70 % del clero. Admito que me pueda equivocar algo en estas proporciones -meramente apreciativas- pero no creo que mucho.

Toda esta visión, si se quiere bastante pesimista de nuestro catolicismo, no quita para que actualmente se perciban algunos brotes de un auténtico renacimiento religioso. Sectores selectos, que viven a fondo y consecuentemente la fe que conscientemente aceptan. Pero son los menos. Y el confusionismo religioso imperante, parece que va a llegar a una situación crítica. El tiempo -muy pocos años- nos dirá si nuestra impresión es acertada. Todo lo que deseamos es que, como ya se está haciendo en algún sector muy reducido, se tome conciencia de esta problemática, y se plantee una actuación de verdadera emergencia. Estamos al borde del dilema: constituir una sociedad justa con Dios o sin Dios. En nuestras manos está la decisión.

B) CONSECUENCIAS

1.- Religión sin compromiso.

La religión en muchos de nuestros muchachos es un aditamento más, no un verdadero compromiso personal. Es por lo tanto una religión superficial, sin fundamento sólido, intelectual. Su base es afectiva. Es una religiosidad la cuya sujeta a todos los vaivenes de su emotividad. No hay ninguna consistencia real en sus creencias, que no llegan a penetrar en el ámbito de su vida diaria consciente, y sólo como influjos inconscientes de tipo mágico -perniciosos.

Que la creencia es poco sólida se manifiesta en el fenómeno típico de la crisis de fe. En nuestro ambiente, o bien no existe crisis de fe o, si existe, es total, es decir, insuperable. En la mayoría de los casos no existe una auténtica crisis de fe, ya que la fe no tiene ningún papel importante que desempeñar en la vida. Se puede ser católico (?) sin que esto implique ningún compromiso personal, verdadero -esto es lo que ha aprendido existencialmente el muchacho. Ser católico, es lo mismo que vestir limpio y elegante para una fiesta: algo accesorio, complementario, de buen ver. Nada más. Una crisis supone un compromiso, y en este caso no existe compromiso alguno. ¿De dónde podría provenir la crisis, si esta religión no estorba ningún comportamiento cómodo y placentero, más aún, si esta religión mantiene un estado de cosas ventajoso para su clase social? En esta vida puede disfrutar y gozar de todo lo que quiera y como quiera y, ya sabe que, mediante una serie de ritos y prácticas y una buen limosna, tiene asegurado un buen lugar en el cielo. Crisis supone ruptura. Y ¿qué se podría romper aquí?

Por el contrario, cuando realmente se produce la crisis de fe ante influjos intelectuales, sus características son de ruptura total. La fe no tenía ninguna solidez y, como tal, ha sido arrastrada por el

empuje de una argumentación materialista, más o menos científica. Tras la ruptura, no queda ya ningún atisbo de creencia. El hombre se vuelve anti-religioso (y no simplemente ateo). Sin embargo, recordemos que la fe, si no tenía una base intelectual, sí la tenía afectiva (inconsciente). ¿No repercutirá esta base más tarde? De hecho sí repercute, y donde menos se espera. Ya hemos dicho que, tras la crisis, el individuo se vuelve anti-religioso, no ateo, lo que implica un encadenamiento emocional. Pues bien, ¿cuántas veces no hemos visto en nuestros países, intelectuales antirreligiosos, que en su infancia fueron cristianos piadosos, arrepentirse a la hora de la muerte, y llamar a su lecho a un sacerdote? Durante toda su vida habían mantenido un estado de culpabilidad inconsciente que, en muchos casos, logra triunfar ante la angustia de la muerte. Que la base afectiva realice esto no nos debe extrañar. Nunca hemos rechazado su conveniencia. Lo que afirmamos es que no basta únicamente, y que hay que cimentarla intelectual y existencialmente.

2.- Conflicto predicación-vida.

El muchacho, si se ve sometido a una enseñanza más o menos clara de su religión, tendrá que soportar una tensión interna desgarradora. En efecto, muchas veces experimenta que una cosa le dice su religión, y otra cosa le dice el ejemplo de sus maestros y familiares. Encuentra una discrepancia radical entre lo que se le predica y lo que se vive. Esta discrepancia, si el muchacho es valioso, le produce un fuerte conflicto. El tema de la sexualidad nos daría materia abundante a este propósito, pero ya es de sobra conocido como para que insistamos más en él.

Anotemos, asimismo, el escándalo que produce en muchos casos la visión de "los curas burgueses", cuya vida están en abierta contradicción con lo que predicán.

El muchacho es muy sensible a este tipo de contradicciones vitales. Las experimenta en su propio ser como una batalla. Una batalla que puede perder, llevándole a la conclusión de que una cosa es lo que se dice y otra lo que se vive, que la creencia religiosa basta con mantenerla en el plano de las ideas, sin llegar a trasladarla al plano de la vida.

3.- Trabas emocionales inconscientes.

Sobre el inconsciente del muchacho se acumulan tabús emocionales, originadores de graves conflictos. Ante la negatividad y carácter prohibitivo de la religión que se le ha enseñado, numerosas experiencias de su vida le aparecerán como tragedias. En numerosos casos se sentirá pecador empedernido, hereje sin remedio, etc. todo ello debido a una conciencia mal formada, y afectivamente sobrecargada. El caso de la masturbación es muy común. Es raro el muchacho que en uno u otro momento de la vida no incurre en la masturbación. Si no tiene una conciencia clara del problema, o no encuentra un consejero comprensivo, es muy posible que caiga en un complejo de culpabilidad que le encierra en un círculo vicioso: el sentimiento de culpabilidad origina angustia, y la angustia le impele a nuevos actos de masturbación, que incrementan el sentimiento de culpabilidad, y así sucesivamente. Quien dice masturbación, dice también ciertas prácticas o hábitos religiosos, como puede ser rezar ciertas oraciones, cumplir ciertos ritos, etc. El carácter profundamente afectivo de estas acciones ha calado en el inconsciente del muchacho, siendo el origen de no pocos conflictos y síntomas neuróticos.

Si perseguimos sin más quitarles esos tabús inconscientes, es muy posible que al muchacho no le quede nada, y por lo tanto, lance totalmente la religión por la borda. Recordemos que la base religiosa de nuestros muchachos es fundamentalmente afectiva. Si esta afectividad es desplazada técnicamente (como puede suceder en un tratamiento psicoanalítico), al muchacho no le quedará absolutamente nada. Por lo tanto, la necesaria acción religiosa desmitificante, debe ir acompañada de una seria profundización de los problemas y planteamientos religiosos, lo que implica una solidificación teológica y un compromiso personal. Esto no es fácil, antes al contrario. De ahí que sean realmente muy pocos los sacerdotes que aceptan guiar a sus cristianos por este camino.

No queremos terminar este corto capítulo dejando una impresión negativa. Porque, a pesar de todo existen casos y círculos,

a Dios gracias cada vez más amplios, de auténtico cristianismo. Si se quiere, un cristianismo algo retrasado con respecto a cristiandades más avanzadas culturalmente, pero, desde su situación socio-cultural, perfectamente conscientes de las exigencias de su fe. Somos optimistas y queremos creer que todavía estamos a tiempo de encaminar por este sendero al resto de nuestra población. Admitimos de antemano que no todos aceptarán. Pero, al menos, entonces llegaremos a una situación menos cínica, donde el que es cristiano lo es por responsabilización y conciencia, y el que no lo es no tema manifestarlo. Nuestro mundo no admite fingimientos. Ya ha pasado la hora de calcular cristianos por la asistencia dominical, o por las partidas de bautismo. Ser cristiano implica un compromiso vital absoluto, en el que no caben medias tintas. No puede existir un cristianismo de primera división y otro de segunda. Admitimos sí, un cristianismo más o menos evolucionado, pero cristianismo. Ha llegado la hora de un cristianismo auténtico, y no de mascarada.

IV.- CONCLUSION +++++

Nuestra intención en estas reflexiones era la de dar ocasión para que el lector reflexionara a su vez sobre una serie de problemas reales, que nos hemos encontrado a través de nuestra corta experiencia como educadores, y abrir la puerta al diálogo. Ojalá nuestra exposición haya sido motivo para que el enfoque sobre problemas de siempre adquiriera una nueva luz. Las conclusiones, preferimos dejarlas abiertas a la consideración del lector. Permítasenos, sin embargo, enunciar algunas conclusiones personales, que a nosotros se nos han presentado como ineludibles. Sobre aquellos cambios y mejoras que afectan al sistema, no queremos decir nada aquí. Ya hemos ido indicando algo en el transcurso de estas páginas. Nos limitamos aquí al caso particular de cada educador.

a) El educador en nuestros colegios debe ser extremadamente afable, amigo, cariñoso. Con sinceridad, sin fingimiento. Un afecto que implique compromiso: comprometerse con los problemas del muchacho, con su situación en la vida. Planteando un diálogo de tú a tú. Sabiendo oír. Y siendo consciente de que el muchacho tiene que superar una serie de situaciones y condicionamientos desventajosos, causa de grandes problemas emocionales. Sepamos comprender que el muchacho está luchando contra viento y marea, para situar donde conviene sus fracasos y también sus triunfos.

b) Esta relación amistosa debe fundamentarse sobre una sinceridad total. Existencialmente, el diálogo no admite dobleces. No tengamos miedo a la claridad total. Huyamos de la pusilanimidad. Digamos al muchacho las cosas como son, sin que por ello le hagamos planteamientos impropios de su edad. Si existe una verdadera compenetración, ya se encargará el muchacho de irnos exponiendo sus auténticas dificultades, según se le vayan presentando.

e) Nuestra entrega debe ser totalmente desinteresada. Ya sé que, como educadores, no podemos prescindir del afecto de nuestros alumnos. Sin embargo, si nuestra acción está guiada por el interés -consciente o inconsciente- del aprecio, no avanzaremos nada. Porque el muchacho sólo se entrega recíprocamente, es decir, solamente después de que el maestro se ha entregado al alumno sin condiciones. Esta entrega implica una vez más compromiso. Es muy difícil que podamos ayudar existencialmente al muchacho si guardamos siempre una distancia objetivadora con respecto a sus problemas, si nos limitamos a sacar de nuestro archivo una serie de soluciones prefabricadas. Entregarse y comprometerse implican aceptar el riesgo de poder fracasar. Pero nunca mejor que aquí, "el que no se arriesga, no cruza el río".

d) Esta entrega desinteresada, este compromiso vital con el muchacho, exigen de parte del educador una estabilidad y solidez psíquica inmensa. Sólo así serán efectivas. Cuando el educador tiene problemas emocionales o existenciales no solucionados, difícilmente podrá arriesgarse en una empresa formativa. Correrá el peligro de inmiscuir al muchacho en su propia problemática, de apreciar erróneamente su situación, con todas las consecuencias nocivas que esto puede acarrear.

e) Se impone en el proceso educativo una acción directa sobre las familias de nuestros muchachos. Mientras no lleguemos a este convencimiento, seguiremos experimentando cómo, en muchos casos, lo que se hace en el colegio con una mano, se deshace en la casa con la otra. No se trata de luchar contra la familia de los muchachos, antes al contrario, de compaginar nuestra acción educativa con la suya. Para ello, es muy aconsejable que exista un consejero psicológico, totalmente identificado con la labor del colegio, que conozca al menos a los muchachos que habitualmente no obtienen los resultados que de ellos se podría esperar, y entable contacto con sus respectivas familias. El sistema seguido hasta ahora de que sean los prefectos o los directores espirituales los encargados de esta labor es ineficaz, ya que la mayoría de estos problemas escapan a su competencia. Con este consejero deben colaborar todos los superiores y profesores del colegio, a fin de que cuente con el mayor número posible de datos y observaciones.

f) Finalmente, el educador debe haber integrado en su vida la religión como algo esencial, es decir, que su vida esté de acuerdo con las exigencias de su fe. Recordemos que si las palabras mueven, los ejemplos arrastran. Que la religión informe de alegría y serenidad la vida del educador, una alegría realista, ajena a todo triunfalismo. Una religión, por otra parte, sin secretos, ya que la fundamentación teológica es para todo cristiano, y no sólo para los sacerdotes. No puedo aceptar eso de que exista una teología para los laicos (que es algo muy distinto de una teología para el laicado) y otra para los sacerdotes, como si nuestra fe fuera diferente. No tenemos nada que ocultar con respecto a nuestras creencias. Y no se tema exponer los problemas auténticos con que se enfrenta hoy la Iglesia. Lo que se debe hacer es crear conciencia de que su solución nos concierne a todos los que vivimos la fe cristiana.

Si tras estas consideraciones llegamos a la única conclusión de que la tarea de la educación es tremendamente difícil, y de que se necesita una vocación muy especial para ella, estaremos tal vez en situación de realizar un auténtico examen de conciencia. Es muy posible que este examen y sus consecuencias sean muy dolorosos, pero el muchacho, la sociedad, la Iglesia nos lo exigen. Si verdaderamente somos hombres, y hombres cristianos, no nos podemos negar a él.

Ignacio Martín Baró, S.I.